

ESCENARIO



Juan (Eduardo Barril) y Mara (Carla Cristi): doble exilio en escena

Ligeros de equipaje

Autor: Jorge Díaz (chileno residente en España). 1982. Director: Luis Poirot. Actores: Carla Cristi, Eduardo Barril. Escenografía e iluminación: Juan Carlos Castillo. Música: Vittorio Cintolesi. Voces: Roser Bru y Roberto Poblete. Compañía: Teatro del Alma. Sala: Escuela Moderna, calle Pio Décimo 2446. De miércoles a domingo.

"El exilio no es una palabra, ni es un drama, ni una estadística, sino que es un vértigo, un mareo, un abismo, es un tajo en el alma y también en el cuerpo cuando un día, una noche, te hacen saber que aquel paisaje tras la ventana, aquel portal, aquella casa, aquel libro, aquel papel, aquel trabajo, aquel amigo, aquella silla y aquel aire que habías perdido, lo has perdido y lo has perdido para siempre, de raíz y sin vuelta".

Esta frase del español Daniel Sueiro con la cual el dramaturgo Jorge Díaz —residente en España por más de 20 años— introduce su obra *Ligeros de equipaje*, sitúa en un espacio y tiempo universales y trascendentes el tema del exilio, sobre el cual profundiza en la pieza teatral.

Esta, muestra un destierro múltiple y doloroso. Está allí el desarraigo, el exilio interior del propio autor, nacido en Argentina de padre asturiano y madre vasca que vivió y estudió en Chile desde los cuatro a los 35 años y luego se radicó en España, donde escribe obras de teatro para adultos y niños, guiones de televisión y frecuentemente gana premios.

• Doble exilio, doble golpe

También late allí ese doble exilio que heredó a chilenos y españoles: el de aquellos que huyendo de la Guerra Civil Española y los franquistas, se trasladaron en el barco Winnipeg —conseguido por Pablo Neruda— hacia las costas de Valparaíso, fijando

sus vidas errantes de refugiados en Chile. Y lo más patético de la obra es el otro exilio, que se superpone a éste: el de los hijos de aquellos refugiados que, a duras penas, se habían adaptado a este país y que, luego del golpe militar de 1973, tuvieron que emigrar una vez más, acosados por un sistema represivo o por la marginación laboral y social.

La protagonista es Mara (Carla Cristi), una actriz chilena hija de refugiados catalanes a quien le toca vivir esa historia. Sobrevive trabajando en teatros de barrio y de provincia, de tercera categoría, en España.

Allí en un camarín oscuro donde se arrumban destartados biombos, sillones, mesas y baúles, Mara dialoga consigo misma, se martiriza, recuerda su infancia y madurez en España y Chile, se deja llevar por su pesadilla, su soledad sin raíces. También sueña suspendida en el tiempo, acorralada entre una memoria triste y un futuro incierto.

Encuentra, si, un eco en otro "sudaca" como ella (así llaman en España a los exiliados latinoamericanos). Su director de escena es Juan (Eduardo Barril), un argentino que la escucha, la entiende, la ama soterradamente, la apoya y estimula a seguir adelante con el ensayo, con la obra, con los tres espectadores que la esperan en la sala, con el viaje de la vida...

Ella está desconcertada, porque de ser "una momia libre de toda sospecha", por ayudar a un amigo que era perseguido y posteriormente fue fusilado, pasó a ser una subversiva y peligrosa y tuvo que partir: "Confidencialmente, entre usted y yo, le diré que no sé lo que soy. Pero quiero vivir en mi país...", confiesa Mara.

Torturada por estas cavilaciones, decide quedarse, luchar por su trabajo en los escenarios, desarmar maletas, quemar pasaportes, aligerar su equipaje.

je. Pero su decisión tambalea cuando, junto a Juan, el argentino, escuchan en radio *Madrid* el comunicado que anuncia el golpe de Estado del coronel Tejero, ese día 23 de febrero de 1981. Ese hecho la aterrera, pero le sirve también de tratamiento de *shock* para no seguir huyendo de sí misma, para enfrentar su conflicto y asumir su precaria realidad.

Aparte de las excelentes actuaciones, dirección y escenografía, música y sonido, en esta obra palpitan una constelación de situaciones emotivas: Jorge Díaz tomó de su propia vida y de otras ajenas —de sus amigas, "esas mujeres ligeras de equipaje", como las llama él, también de la misma Carla Cristi— los testimonios para elaborar la obra.

• Historia verdadera

El verdadero nombre de Carla Cristi es Rogelia Vilamitjana Santa María, quien a los 16 años, junto a sus padres catalanes, viajó a Chile. Aquí desde la década del 60, no sólo fue una gran amiga y especie de musa de Jorge Díaz sino que actuó en todas sus primeras obras. Luego del 73, emigró a Barcelona junto a su marido, el fotógrafo y director Luis Poirot, y al volver, hace cinco años, siguió con montajes de Díaz: *Piel contra piel* (1982); *Esplendor carnal de la ceniza* (1984) y una reposición de *El cepillo de dientes* (1986) como homenaje a los 30 años de vida del Ictus, donde Díaz comenzó su carrera.

Antes de volver a Chile Carla le había pedido a Díaz que le hiciera un monólogo sobre esta experiencia extraña de ser doble exiliado. El cumplió, pero como ella se vino, Gabriela Hernández, una actriz chilena exiliada en Madrid, hizo de protagonista. La pieza se estrenó en el Festival de Sitges en 1982 y ganó un accésit del premio Artur Carbonell. Luego, en un viaje a España, Carla y Luis trabajaron la obra junto a Díaz hasta transformarla en esta pequeña joya del teatro de cámara que no pudieron estrenar el año pasado por carencia de sala.

El punto de vista del director Poirot, la escenografía de Castillo, la voz y el canto de Roser Bru —otra catalana exiliada en Chile—, que tiene el papel de la madre que no aparece en escena sino en los recuerdos de Mara, y las canciones de Joan Manuel Serrat, dan un tono íntimo, emotivo, verdadera a la historia de estos seres desarraigados que después de un largo caminar sin rumbo, descubren como Machado que:

"Cuando llegue el día del último viaje,/ y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,/ me encontraréis a bordo ligero de equipaje,/ casi desnudo, como los hijos de la mar". □

ANA MARIA FOXLEY